

VIII

LA CABRA, EL SASTRE Y SUS TRES HIJOS

I

LA BESTIA MALICIOSA

Érase una vez un anciano sastre que tenía tres hijos y una cabra.

Como el pobre sastre había ido perdiendo la vista y apenas podía trabajar, la cabra era la providencia de los tres jóvenes y del anciano, á los que mantenía con su leche.

Pero el pícaro animal se cansó de que le ordeñaran dos veces al día, y resolvió librarse de aquella esclavitud y recobrar su libertad.

Como cuanto mejor alimentada estaba producía más leche, el viejo sastre recomendaba á sus tres hijos, encargados por turno de apacentarla, que la llevaran á los mejores prados que pudieran encontrar.

Cierto día el mayor la llevó á pacer al cementerio, donde había hierbas tan altas como ella, y allí la dejó correr y saltar á su gusto, lo que la cabra no dejó de hacer.

Cuando llegó la hora, el joven preguntó al animal:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra respondió:

—¡Ya lo creo! Jamás he comido tan bien.

¡Be!, ¡be!, ¡be!

—Pues ¡ea, vámonos!

Y, cogiéndola de la cuerda, la llevó al establo y la ató al pesebre.

—¿Ha comido bastante la cabra? preguntó el sastre á su hijo al verle entrar.

—¡Ya lo creo! contestó el joven. Y tanto que me ha dicho que nunca había comido tan bien.

El anciano quiso cerciorarse por sí mismo de esta afirmación; fué al establo, acarició á la cabra y le preguntó:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra respondió con tono de mal humor:

—¿Cómo he de estarlo si no he hecho otra cosa sino saltar sobre tumbas y no he encontrado la menor brizna de hierba? ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—¡Hola, hola! exclamó el sastre, furioso. ¿Qué significa esto?

Y, volviendo á la casa, dijo á su hijo mayor:

—¡Embustero! Acabas de decirme que la cabra ha tenido cuanta hierba ha querido, y ella misma me ha confesado que la has dejado ayunar. ¡Aguarda, aguarda!

Y, en su enojo, cogió la vara de medir, y dió con ella una paliza á su hijo.

Al día siguiente le tocó al menor.

Sabedor de lo que había sucedido á su hermano, resolvió tomar sus precauciones para que no le sucediera lo mismo.

Escogió, pues, en el extremo del huerto un sitio abundante en hierba y soltó en él la cabra.

Ésta se despachó á su gusto y comió la hierba al ras del suelo.

Llegada la noche, el hijo menor se acercó al animal y le preguntó:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra contestó:

—¡Ya lo creo! Jamás he comido tan bien.

¡Be!, ¡be!, ¡be!

—Pues volvamos á casa, dijo el joven.

Y ató la cabra en el establo, como lo había hecho su hermano.

—¿Qué tal? preguntó el anciano sastre cuando le vió volver.

—¡Oh! contestó el joven. Ha comido hasta más no poder.

Pero el sastre, no fiándose en lo dicho por su segundo hijo, como no se había fiado en las palabras del primero, fué al establo y preguntó al animal:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra contestó refunfuñando:

—¿Satisfecha de qué? No he hecho otra cosa más que saltar sobre las toperas, donde no he encontrado la menor brizna de hierba. ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—¡Ah, tunante! exclamó el sastre. ¡Dejar sin comer á un animal tan bueno!

Y, volviendo furioso á la casa, cogió la vara de

medir, y, golpeando á su segundo hijo como había golpeado al primero, le echó también de su casa.

Al otro día le tocó el turno al tercero.

Éste no quiso tener nada que echarse en cara; escogió un sitio donde crecían los más tiernos arbustos y la hierba más olorosa, y allí apacentó á la cabra.

Al llegar la noche le preguntó:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra respondió:

—¡Ya lo creo! Nunca he comido tan bien.

¡Be!, ¡be!, ¡be!

Y, fiado en esta respuesta, el tercer hijo volvió á la casa con el animal, lo ató al pesebre, y fué á decir á su padre:

—Lo que es hoy podéis preguntar á la cabra: os aseguro que no tendrá motivo de queja.

El padre se fió tan poco de la palabra de su tercer hijo como se había fiado de la de los otros dos.

Fué él mismo al establo y preguntó á la cabra:

—Cabra: ¿es verdad que esta vez estás satisfecha?

—¿Cómo he de estarlo, Dios mío? respondió el animal. No he hecho más que saltar por las peñas, y no he encontrado una brizna de hierba que comer. ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—¡Ah, trapalón! exclamó el sastre. Conque ¿también tú has olvidado tu deber como los otros? No te has de burlar más tiempo de mí.

Y, en un arrebató de cólera, dió tal paliza con la vara de medir al muchacho, que éste se escapó de la casa, como sus dos hermanos.

El anciano sastre se quedó solo en su vivienda.

Cuando se vió así, encontró la habitación demasiado grande y se vió muy abandonado.

Se puso á reflexionar que no era probable que sus tres hijos, uno tras otro, hubieran faltado á su deber y mentido del mismo modo.

Sospechó la falsedad de la cabra y quiso ver por sus propios ojos los sitios adonde la habían llevado sus hijos.

Empezó por el cementerio y vió que la hierba estaba enteramente rasa en un espacio de quince pies.

—¡Ah, ah! exclamó. Creo que he hecho mal en expulsar á mi hijo mayor y que la cabra ha mentido.

Y, cabizbajo, se fué á visitar el extremo del huerto, donde su segundo hijo había apacentado á la cabra; y vió que el sitio estaba tan limpio como el del cementerio.

—¡Ah, pícaro animal! exclamó. ¿A esto llamas no tener una brizna de hierba que comer? Pero sigamos observando antes de enfadarnos del todo.

Y fué al sitio donde su tercer hijo había llevado á la cabra. Un segador con su hoz recién afilada no lo hubiera dejado más limpio que la cabra con sus dientes.

—Está visto, dijo; la cabra es una pícara redomada, y voy á ajustarle las cuentas.

Y, así diciendo, fué á buscar jabón, una navaja de afeitar y un látigo.

Entró en seguida en el establo, y sin hacer caso de los *¡be!, ¡be!, ¡be!* de la cabra, le enja-

bonó el hocico y la cabeza y la rasuró, de suerte que no le quedó un pelo de la barba de que se mostraba tan orgullosa.

Después le cortó las dos orejas tan al ras de la cabeza como ella había pastado la hierba al ras del suelo.

Finalmente, cogió el látigo y le dió tal paliza que el animal huyó balando de dolor.

Y el pobre sastre se metió en su casa, donde se encontró más solo que nunca, porque no tenía ni sus hijos ni su cabra, y quedaba privado del cariño de aquellos que eran el pan de su alma y de la leche de ésta, que era el alimento de su cuerpo.

Preguntó en todas partes si habían visto á sus hijos; pero nadie sabía el camino que habían tomado ni lo que había sido de ellos.

Pero como nosotros lo sabemos, queridos niños, os lo vamos á contar, empezando por el mayor, pasando de éste al segundo, y del segundo al tercero.

II

«MESA, PONTE»

El mayor anduvo cinco ó seis días, no deteniéndose sino para beber en las fuentes que encontraba al paso, y para comer el mísero pedazo de pan que pedía por el camino cuando creía dar con un alma caritativa á la cual se atrevía á confesar que tenía hambre.

Al sexto día entró en casa de un carpintero, que accedió á tomarle por aprendiz. Allí trabajó sin descanso, y cuando terminó su compromiso, el maestro, en recompensa de sus servicios, le dió una mesita cuyo aspecto no tenía nada de particular, siendo la madera muy ordinaria.

Pero aquella mesita tenía una propiedad muy rara. Cuando se la dejaba en el suelo y se le decía: «¡Mesa, ponte!», entonces se encontraba de pronto cubierta de un blanco mantel y sobre éste un plato, un cubierto, una sopa y fuentes con asado y verdura, mientras quedaba sitio para ello.

Olvidamos decir que también había un vaso, y según el gusto del ó de los convidados, vino tinto ó blanco que daba gusto de ver.

El joven quedó encantado de semejante regalo y dijo para sí:

—Con esta mesa tienes tu vida asegurada.

Y con esta confianza en el porvenir, se puso alegremente en camino, sin preocuparse de si las posadas eran buenas ó malas, y estaban bien ó mal aprovisionadas.

Según su capricho, entraba ó no entraba en ellas, y á menudo, en los campos, en los prados, según lo que se presentaba en su camino, ó según que estaba cansado, que tenía apetito ó le parecía el sitio agradable, se descargaba de la mesita, la ponía en el suelo y decía:

—¡Mesa, ponte!

Y en seguida encontraba en la mesa todo cuanto apetecía.

Al fin, sintió deseos de volver á casa de su padre; supuso que ya debía haberse disipado

su enojo, y, gracias á su mesa mágica, estaba seguro de ser bien recibido.

Pero, al regresar á su país, llegó una noche á una posada llena de viajeros, todos los cuales comían con apetito.

Como nuestro joven parecía un compañero de buen humor, algunos le convidaron á cenar con ellos, diciéndole que si no aceptaba se exponía á no encontrar qué comer.

—Gracias, contestó el joven. No permita Dios que yo os quite de la boca lo poco que tenéis. Antes bien seré yo quien os convide.

Los otros se echaron á reír y creyeron que se burlaba de ellos.

Pero él, sin enfadarse por sus burlas, poniendo su mesita de madera en medio del comedor, dijo:

—¡Mesa, ponte!

Y en el mismo instante la mesa apareció cubierta de manjares mucho mejor condimentados de lo que se acostumbra en la cocina de una posada y exhalando un olorcillo que halagaba el olfato.

—¡Ea, amigos, á la mesa! dijo el joven.

Y los circunstantes, viendo que los convidaba formalmente, no se hicieron de rogar. Se acercaron, sacaron sus cuchillos y se pusieron animosamente á comer; pero lo que más les asombraba era ver que, conforme quedaba un plato vacío, era inmediatamente sustituido por otro lleno.

El posadero, retirado en un rincón, lo miraba todo sin acertar á comprenderlo; pero lo que sí comprendía era que semejante cocinero sería una gran adquisición para su posada.

El joven carpintero y todos los comensales se divirtieron con la mesa hasta hora avanzada de la noche, porque, si ellos no se cansaban de hacerla maniobrar, ella no se cansaba tampoco de cubrirse de nuevos platos. En fin, á eso de las dos de la mañana todos se retiraron. El carpintero arrimó la mesa á la pared y se fué á acostar.

Pero el posadero, aunque también se recogió, no podía dormir. Sentado en su cama, se acordaba de todo lo que había hecho la maravillosa mesa y repetía de continuo:

—¡Mesa, ponte! ¡Mesa, ponte!

Recordó, por fin, que tenía en el desván una mesa muy parecida á aquélla; se bajó de la cama andando de puntillas, con una vela en la mano, el oído atento, la lengua entre los dientes, subió al desván, cogió la mesa y la puso en lugar de la otra que escondió cuidadosamente.

Al otro día el joven carpintero pagó su cuarto, cogió la mesa arrimada á la pared sin notar el cambio y siguió su camino.

Al mediodía llegó á casa de su padre, que le recibió con gran alegría.

—¿Qué has aprendido, hijo mío? le preguntó el viejo sastre.

—Soy carpintero, padre, le contestó.

—Buen oficio. Y ¿qué has traído de tus viajes?

—Lo mejor que he traído es una mesita.

El sastre examinó la mesa por todas partes y, meneando la cabeza, dijo:

—No has hecho una gran adquisición: es una mesa vieja y coja.

—Es posible; pero se llama: *¡Mesa, ponte!*

—Y ¿qué significa eso? preguntó el anciano.

—Eso significa que cuando la coloco en un sitio y le digo que se ponga, se ve al punto cubierta de los platos más delicados y además saca de sí misma y de una bodega desconocida un vino que alegra el corazón. Convidad, pues, á todos nuestros parientes y amigos para que se regalen y regocijen; porque, gracias á mi mesita, me comprometo á agasajarlos á todos.

El viejo sastre hizo las invitaciones, y los parientes acudieron á festejar el regreso de su hijo.

Cuando todos estuvieron reunidos, el joven carpintero colocó la mesa en medio de ellos, y con un tono lleno de confianza dijo:

—¡Mesa, ponte!

Pero la mesita no le obedeció, y por más que el pobre mozo, desalentado, le dijo otras cinco ó seis veces con acento más y más imperativo: «¡Mesa, ponte!», la mesa continuó tan vacía como cualquier mesa ordinaria que no hubiera comprendido aquel lenguaje.

Entonces el pobre joven comprendió que le habían cambiado la mesa y se quedó avergonzado de pasar por un embustero. Los parientes y los amigos se burlaron de él; y como el viejo sastre, que ni siquiera tenía su cabra, estaba más pobre que nunca, tuvieron que marcharse en ayunas después de haber sido convidados á comer opíparamente.

III

EL ASNO QUE HACE ORO

El padre volvió á sus remiendos continuando su oficio; el hijo entró como oficial en una carpintería de las inmediaciones.

El segundo hijo se había puesto al servicio de un molinero. Cuando hubo acabado su compromiso, el amo le dijo:

—Para recompensarte por tu buena conducta, voy á darte un asno de una especie particular, que no tira de la carreta ni lleva sacos.

—Pues ¿para qué sirve? preguntó el joven.

—Hace oro.

—¡Diantre! Y ¿cómo hay que arreglarse para que lo haga?

—Te bastará tender un trapo en el suelo, poner al burro en medio de aquél, y decirle: «¡Brick-le-brit!» Entonces el animal arrojará oro por delante y por detrás, todo cuanto quieras, y no tendrás más trabajo que recogerlo.

El joven molinero se puso en camino, y, por donde iba, las mejores cosas apenas le parecían bastante buenas para él; cuanto más caras costaban, más de su gusto eran, porque tenía siempre los bolsillos llenos de monedas de oro del país.

Después de haber andado algún tiempo por el mundo, empezó á sentirse cansado de viajar y pensó en volver á casa de su padre.

—Cuando me vea volver con un asno que

hace oro, decía, se calmará su enojo y seré bien recibido.

Pero la suerte quiso que entrara precisamente en la misma posada en que habían cambiado la mesa de su hermano. Como lo de más valor que tenía era su burro, le llevaba del ronzal. El posadero, que era muy oficioso, quiso evitarle aquella molestia y meter al animal en la cuadra, pero el joven le dijo:

—No os molestéis: mi asno no es un rucio como los otros, y me gusta saber dónde está para no perderle de vista.

Esto pareció algo extraño al posadero, quien pensó que un individuo que cuida por sí mismo de su asno no debe tener dinero para hacer un gran gasto; pero cuando el joven se sacó dos monedas de oro del bolsillo y se las dió, diciendo que le sirviera algo bueno, el posadero abrió los ojos y corrió á buscar lo mejor que tenía. Después de cenar, el joven preguntó cuánto debía; el posadero le contestó que estarían en paz si le daba otras dos monedas de oro. Aquél se metió la mano en el bolsillo; pero vió que ya no tenía dinero.

—Aguardad un momento, dijo al posadero; no tengo dinero, pero voy á buscarlo.

Y salió, llevándose el mantel.

El posadero estaba á la vez receloso y lleno de curiosidad; receloso por sus dos monedas de oro, y curioso por saber lo que el viajero iba á hacer con su mantel.

Le siguió, y, habiendo visto que cerraba con gran cuidado la puerta de la cuadra, miró por una pequeña claraboya, y vió que el joven ex-

tendía el mantel debajo del asno, y oyó que le gritaba: «¡Brick-le-brit!»

Al punto empezó el animal á echar monedas de oro por delante y por detrás, de modo que aquello parecía una lluvia de ducados.

—¡Cáspita! exclamó el posadero. ¡Y qué pronto se acuña esa moneda! No es de despreciar semejante fortuna.

El joven pagó su cuenta y fué á acostarse.

Pero el posadero, en vez de irse á la cama, pasó cautelosamente, á la una de la mañana, á la cuadra; sacó al gran acuñador de moneda, y ató en su lugar un burro cualquiera.

A la mañana siguiente, el joven molinero salió de la posada llevándose el asno que creía ser el suyo.

Al mediodía llegó á casa de su padre, que le recibió muy bien y se alegró mucho de volverle á ver.

—¿Qué ha sido de ti, hijo mío? le preguntó el padre.

—Me he hecho molinero.

—Y ¿qué has traído de tus viajes?

—Un asno.

—Entonces será él el que te ha traído y no tú á él.

—Es que mi asno no es un asno ordinario.

—¿Será un burro sabio?

—No: es un burro de oro.

—¡Bah! Explicate.

—Es muy sencillo: cuando le digo: «¡Brick-le-brit!», en seguida el buen animal me echa una gran cantidad de monedas de oro por delante y por detrás.

—No creeré semejante prodigio si no lo veo, dijo el padre.

—Pues lo veréis.

—¿Cuándo?

—Convidad mañana á todos nuestros parientes y amigos, y en un momento los haré ricos, empezando, por supuesto, por vos, querido padre.

—Me convendrá mucho, contestó el anciano, porque cada día pierdo más la vista, me tiembla el pulso, y así podré soltar las agujas.

Salió en seguida y fué á convidar á sus parientes y á algunos amigos.

Cuando todos los convidados estuvieron reunidos, el molinero les dijo que hicieran sitio, extendió una sábana en el suelo, y entró al asno en la habitación, cuidando de colocarle en medio de la sábana.

—Ahora, dijo, ¡atención!

Y gritó:

—¡Brick-le-brit!

Pero lo que á este grito cayó en la sábana no fueron monedas de oro, y quedó probado que el asno no entendía absolutamente nada de la ciencia de la transmutación de las substancias, ciencia que no es dado tener á todos los asnos.

El pobre molinero quedó contristado y se disculpó como pudo con sus parientes, pues vió que había sido víctima de un engaño. Los convidados se marcharon tan pobres como habían venido; y como se habían frustrado sus esperanzas, el viejo tuvo que volver á coger sus agujas y trabajar como antes.

El joven encontró colocación en casa de un molinero de las cercanías.

IV

«GARROTE, SAL DEL SACO»

El tercer hermano había entrado de aprendiz en casa de un tornero; y como era un oficio que tenía algo de artístico, el aprendizaje fué más largo que los de sus otros dos hermanos.

Estaba, pues, en casa de su amo cuando recibió una carta de su padre, anunciándole el regreso de sus dos hijos y el mal resultado de su viaje, y como ambos habían reclamado inútilmente al posadero, el uno su *mesa, ponte*, y el otro su *asno que echa oro*.

Cuando el joven recibió la carta de su padre, terminaba precisamente su aprendizaje; comprendió que, estando su padre viejo, enfermizo y pobre, debía volver á su lado para ayudarle en lo posible á pasar tranquilo el resto de sus días, y se despidió de su amo.

Este, que estaba muy satisfecho de él, le entregó un saco y le dijo:

—Aquí tienes este saco.

—Me parece que hay algo dentro, dijo el aprendiz.

—Sí, hay un garrote.

—El saco puede serme útil, contestó el aprendiz; pero ¿qué queréis que haga del garrote, que ni siquiera es bastante largo para apoyarme en él?

—Oyeme bien, le dijo su amo: si alguien te falta, no tienes más que decir: «¡Garrote, sal del

saco!» y en seguida saldrá fuera y dará tan soberana paliza á aquel de quien tengas alguna queja, que por espacio de ocho días no podrá mover pie ni mano, sin contar que el garrote no dejará de golpear hasta que le digas: «¡Garrote métete en el saco!»

El joven dió las gracias á su amo, se echó el saco áuestas y, si por el camino le amenazaba alguien, se contentaba con decir:

—¡Garrote, sal del saco!

Y el garrote, cumpliendo al punto con su deber, saltaba del saco y sacudía la ropa, hasta que caía á pedazos, del cuerpo del que la llevaba.

A eso del anochecer llegó el joven á la posada donde habían engañado á sus hermanos. Se puso el saco en las rodillas y empezó á contar todo lo notable que había visto en el mundo.

El posadero le preguntó si conocía la *mesa, ponte y el asno que echa oro*.

—Sí, dijo el joven, he oído hablar de eso; pero no es nada en comparación de lo que tengo en mi saco.

El posadero no se atrevió á preguntarle qué era lo que en él llevaba.

—¿Qué puede haber en el saco de ese viajero? pensó. Quizás esté lleno de piedras preciosas. Será preciso que me apodere de él: porque todo lo bueno se completa por el número tres.

Cuando llegó la hora de acostarse, el tornero se tendió simplemente en un banco y se sirvió del saco como de almohada.

Así que el posadero le creyó profundamente dormido, se llegó á él muy quedito y se acercó al saco para ver si podía quitárselo y poner otro

en su lugar, como había hecho con la *mesa, ponte y el asno que echa oro*.

Pero el tornero aguardaba esta visita, y cuando vió que el posadero alargaba la mano, gritó:

—¡Garrote, sal del saco!

Y el garrote, obediente, salió, arremetió al ladrón y le sentó de tal modo las costuras que quedaron triturados los huesos cubiertos por ellas. El posadero pedía misericordia; pero cuanto más gritaba, más fuerte sacudía el garrote.

Finalmente, derrengado no tan sólo por los golpes que recibía, sino también por los gritos que daba, el infeliz cayó como muerto en medio de la sala:

Entonces el tornero le dijo:

—Mandaré al garrote que cese de golpearte; pero, si no me devuelves ahora mismo la *mesa, ponte y el asno que echa oro*, volverá á empezar la danza á más y mejor.

—¡Lo devolveré todo! ¡Lo devolveré todo! exclamó el posadero. Pero, ¡por Dios, haced que se meta ese demonio en el saco!

—Corriente; pero anda derecho, y cuidadito con engañarme, porque te saldría mal la cuenta.

Entonces gritó:

—¡Garrote, vuelve al saco!

El garrote obedeció y dejó al posadero en paz.

Este, fiel á su promesa, devolvió al otro día al tornero la *mesa, ponte y el asno que echa oro*.

El joven se puso inmediatamente en marcha, llevando por delante el asno cargado con la *mesa y el saco*, y á cosa del mediodía llegó á casa de su padre.

Este se alegró mucho de verle, y le preguntó, como á sus otros dos hijos, lo que había aprendido durante su ausencia.

—Padre, he aprendido á ser tornero, contestó.

—Buen oficio; y ¿qué has traído de tus viajes?

—Una cosa preciosa.

—Enséñamela.

El joven abrió su saco.

—¿Qué es eso? ¡Un palo en un saco! ¡Valiente cosa! En el bosque puedes cortar tantos como quieras.

—No, padre, porque éste obedece mis órdenes. No tengo más que decirle: «¡Garrote, sal del saco!», y al punto sale como un furioso y empieza á sacudir las espaldas de aquellos á quienes quiero hacer ese obsequio; y mientras no le digo: «¡Garrote, vuelve al saco!», seguiría golpeando hasta que hubiera muerto mi enemigo. La prueba está en que, gracias á mi garrote, he recobrado la *mesa, ponte* y el *asno que echa oro*, que un posadero infiel había robado á mis hermanos. Ahora, convidad á todos nuestros parientes; quiero obsequiarlos como merecen y llenarles los bolsillos de dinero.

El viejo sastre no se fiaba en esta promesa. Sin embargo, consiguió reunir á los parientes, que no se mostraban menos desconfiados que él.

Los dos hermanos acudieron con los parientes.

Entonces el tornero extendió una sábana en el cuarto, trajo el *asno que echa oro* y dijo á su hermano:

—Aquí tienes tu asno: ya sabes lo que debes decirle.

El molinero pronunció esta palabra:

—¡Brick-le-brit!

Y en seguida empezó á caer una lluvia de monedas de oro, sin que cesara el burro de echarlas hasta que cada uno de los presentes tuvo cuantas podía llevar.

Luego el tornero fué á buscar la mesita y dijo á su otro hermano:

—Ahora te toca á ti: dile lo que quieras.

Y, apenas hubo dicho el carpintero: «Mesa, ponte», cuando la mesa apareció puesta y con la vajilla más preciosa.

Entonces dió principio un festín como en su vida lo había soñado el anciano sastre, y toda su parentela continuó reunida y divirtiéndose hasta la mañana siguiente.

Desde aquel día, el buen sastre guardó hilo y agujas en el armario, así como su vara de medir y sus trebejos, y vivió con sus tres hijos alegre y en la abundancia.

V

LO QUE HABÍA SIDO DE LA CABRA

Y ¿adónde había ido á parar la cabra, causa de todas aquellas peripecias?

Voy á decíroslo.

Se quedó tan corrida al ver su barba rasurada y sus orejas cortadas, que fué á esconderse en el fondo de un gran hoyo.

Aquel hoyo servía á la vez de madriguera á

un zorro, de refugio á un oso y de nido á una abeja.

Zorro, oso y abeja habían salido de su morada cuando entró en ella la cabra.

El zorro fué el primero en volver.

Pero como es un animal muy cauto, empezó por examinar su agujero antes de entrar, y vió en lo más profundo una especie de cabeza de serpiente con grandes ojos brillantes como carbunclos.

Asustóse tanto que echó á correr.

El oso encontró al zorro, y, al verle tan des-pavorido, le paró preguntándole:

—¿Qué te pasa, amigo zorro? ¿Qué ha sucedido? ¡Vaya una cara que tienes!

—¡Oh señor oso! contestó el zorro. En nuestra casa hay un animal espantable que me ha mirado con ojos de fuego.

—¡Hola, hola! replicó el oso. Hay que ver qué es eso. Ven conmigo.

El zorro, siempre prudente, siguió al oso hasta su madriguera.

Al llegar á la entrada, asomó la cabeza en la abertura y miró al interior.

Pero cuando vió los ojos inflamados de la cabra se asustó también, y, no queriendo tener que habérselas con un animal tan terrible, movió la cabeza y huyó.

Por el camino encontraron á la abeja que vol-
vía á su colmena.

El inteligente insecto observó que ni el oso ni el zorro las tenían todas consigo.

—¡Qué mala cara tienes, amigo oso! dijo. ¿Qué ha sido de tu alegría?

—No te burles, pues no sabes lo que pasa, contestó el oso, mientras el zorro apoyaba con sus ademanes las palabras de su señor; en nuestra madriguera hay un animal que no pertenece á ninguna raza conocida; nos ha mirado con ojos centelleantes y no hemos podido echarle de allí.

—Me das lástima, querido oso, contestó la abeja. Yo no soy más que un pobre y débil insecto á quien nadie hace caso cuando pasa, porque, apenas se me ve, se me pierde de vista. No obstante, sin pecar de presuntuosa, creo poder ofreceros mis servicios en esta circunstancia.

Y echó á volar hacia la madriguera común, cuidando de arreglar su vuelo al paso del oso y del zorro.

Al llegar á la abertura, entró resueltamente, mientras los dos cuadrúpedos, más circunspectos, se quedaban fuera.

Luego, sin hacer caso de aquellos dos ojos centelleantes que tanto habían asustado al oso y al zorro, fué á posarse en la nariz recién rasurada de la cabra y la picó tan implacablemente que ésta, lanzándose fuera de la madriguera, echó á correr como una loca por llanos y montes.

Nadie la volvió á ver jamás ni se supo lo que fué de ella.

El zorro, el oso y la abeja entraron en su madriguera y vivieron en tan buena inteligencia como antes.

Pero el oso y el zorro manifestaron al insecto un respeto que hasta entonces no habían pensado en demostrarle.

Esto, queridos niños, es un buen ejemplo, porque resulta de ello el respeto que los animales y hasta los hombres, que son los más curiosos de todos los animales, están obligados á demostrar á una inteligencia superior.

IX

SAN JUAN NEPOMUCENO Y EL ZAPATERO

Queridos lectores, si por casualidad tenéis que viajar por Silesia, encontraréis en muchas ciudades antiguas, lo mismo en las iglesias que en los puentes, estatuas de piedra ó de madera de un santo muy venerado.

Este santo es san Juan Nepomuceno.

El verdadero santo, es decir, el de carne y hueso, nació en Nepomuck hacia 1330, fué canónigo de Praga y capellán del emperador Wenceslao; pero, habiéndose negado á revelarle la confesión de la emperatriz Juana, de cuya fidelidad tenía sospechas el monarca, sufrió heroicamente el tormento y fué arrojado al Moldau, donde se ahogó.

Ya veis que merecía la canonización, y, en efecto, Benedicto VIII le canonizó.

En un antiguo pueblo cuyo nombre no he podido saber, por más indagaciones que he prac-